

INTRODUCCIÓN

MI EXPERIENCIA DURANTE años en la universidad y como editor de libros en Barcelona, y en otros tantos proyectos editoriales alrededor del mundo, me ha dado la ocasión de conocer a un número considerable de creadores de distintos campos de las artes: poetas, filósofos, pintores, dramaturgos y escritores. Un sinnúmero de artistas en los que pude percibir un inmenso talento que, en ocasiones, no estaba suficientemente valorado e, incluso, pasaba desapercibido para la cultura con mayor visibilidad.

De todos ellos, algunos eran conocidos y otros, los más, los descubrí por reseñas de sus colaboraciones publicadas en diferentes revistas de creación sobre todo en Estados Unidos.

Para ello, me sirvió especialmente mi recorrido por la costa Este, Nueva York, Boston, Chicago. Merece una mención especial un conjunto de creadores mayoritariamente gallegos, aunque también americanos, franceses, catalanes, etc. que, afincados en Nueva York, colaboraron en varios números de la revista de traducción poética *Poetry*, una publicación fundamental en la cultura en lengua inglesa. Algunos de ellos, más adelante, acabaron por crear junto con otro grupo de profesores y poetas *Washington Square*, un *magazine* literario vinculado a la Universidad de Nueva York y actualmente ya consolidado como una referencia.

Pues bien, como decía, a lo largo de estos últimos veinticinco años he ido recogiendo relatos, bocetos e historias que tenían en común una especial visión del mundo. Un modo de ver la realidad diferente y descarnado, que por mi condición atlántica, por mi sensación de insularidad cultural, me llamó vivamente la atención.

Ya cuando volví a Galicia, hace tres años, para retirarme de mis tareas profesionales, tenía en mente editar un libro homenaje con este conjunto de textos. Realmente, son un crisol de la tristeza del mundo; tristeza que, gota a gota, en cada escrito va confiriendo perfiles humanos a nuestro paisaje.

Pueden leerse historias de todo tipo, que abarcan mayoritariamente el periodo de 1980 a 2005, aunque existen

algunas mucho más antiguas y que aquí recojo por su interés; algunas fueron publicadas y otras no. Las que sí se publicaron salieron de la imprenta sobre todo en revistas literarias y periódicos; también se pueden encontrar rarezas como cartas al director, prosa poética y juegos que casi son metaliteratura y en las que participaron los escritores y creadores que se mencionan al final del libro. Otras tantas permanecían inéditas.

La mayoría de los textos fueron traducidos del inglés, con alguna excepción de los originales escritos en alemán, en castellano y, por supuesto, en gallego. En la traducción se ha respetado escrupulosamente el sentido de los textos.

Espero que alguien pueda sacar algo en limpio de estas páginas, una antología personal de textos que, al fin y al cabo, componen una novela sobre la existencia humana que con todas sus piezas contribuirá a desentrañar lo que esconde el rumor del mundo, la lluvia del mundo.

A 11 de noviembre de 2006
El editor

LISA DOBRENSKI
NOVELA

CAPÍTULO I

RECIBIÓ UNA LLAMADA EN SU MÓVIL a las nueve de la noche. Ella, que estaba en el gimnasio, no pudo oír el sonido continuo e insistente que salía de su bolso. Un sonido familiar que llenaba el vestuario de expectativas, de interrogantes sin respuesta. Los móviles no dejan de ser una especie de caja de Pandora moderna. Ese sonido tan parecido al de algunos insectos en las noches de verano recoge cientos de emociones y universos de vida. Y en mi opinión, la del narrador, de entre todas las emociones, la más sugerente es la emoción de lo que vendrá.

Las vidas penden, en fin, de este hilo invisible de Ariadna tan citado por los escritores modernos. Un hilo científicamente inexistente, pero tan cierto como que la luz del sol calienta los campos y los árboles que desde la ventana de mi casa puedo ver como un cuadro impresionista comprado en algún lugar del sur de Francia. Pues bien, es precisamente en esa ciudad donde Lisa Dobrenski bajaba al vestuario después de dejar un poco de su cuerpo y de su alma en su sesión diaria de aeróbic o de *steps*, sin percibir el leve chasquido no necesariamente real de la fragmentación de nuestro hilo de seda que casualmente subía por la escalera por la que ella descendía.

Lisa tiene esa edad en la que un amigo del narrador no consigue definir los años que pasaron por un rostro de mujer. La edad gloriosa. El narrador añade que esa indefinición es debida a que, en ese tiempo, el cuerpo femenino pasa a la posteridad. La edad de la mayoría de las diosas de los olímpicos que se extienden por el mundo. La edad de nuestra virgen cristiana. La edad de las actrices, las de las viejas y las nuevas películas. La edad, al fin y al cabo, de las musas.

Y volviendo a las musas, la nuestra sale en este momento del gimnasio perfectamente arreglada y con ese paso propio de las personas que tienen la cabeza ocupada con ideas y pensamientos importantes, sin que pueda percibir, precisamente por eso, el placer de una noche de verano que vendrá, y que la brisa del mar ya insinuaba sutilmente.

Camina por viejas calles, dejando a su espalda la playa en dirección a su casa. Llega cansada y meditabunda. La vida muchas veces tiene estas cosas. Nunca se valora lo que se tiene. Se duele el alma de lo que falta. Y, así, las personas sufren el paso del tiempo, de las estaciones, de los acontecimientos cotidianos para nosotros, de esa confortable sociedad occidental y europea que nos anestesia frente a casi todo. Mientras Lisa Dobrenski busca sus llaves, a la puerta de su casa, coge el móvil con descuido y encuentra esa llamada perdida.

No se podría definir mejor. Las llamadas sin respuesta, perdidas en la confusión del azar que guía siempre nuestras vidas. No sabe el narrador si éstas, las vidas, están escritas o no. Ni siquiera las de sus personajes. Dios y el narrador, creadores de mundos que no reconocemos como propios porque algunos son reales y otros, una gran mentira.

CAPÍTULO 2

Nuestro mundo es una gran mentira. Todos vosotros sois una gran mentira desde vuestra conciencia personal que os aporta una imagen particular de la realidad. Reparad en esto, en el hecho de que lo que veis y lo que pensáis es infinitamente personal y propio.

Y la lluvia de sentimientos, de personas, de escenarios componen el puzle del mundo, sólo comprensible desde su globalidad. Armónico como una partitura que va sonando sin que nos demos cuenta. La lluvia del mundo es el rumor del mundo en su movimiento. Podemos deducir o aproximarnos desde una nota, desde un conjunto de notas, a la melodía final, pero, si esto se produce, es más por casualidad que porque realmente encontremos el sentido último de las cosas.

Lo cierto es que ella, como tú a veces, vio la llamada y no reconoció el número, o por lo menos su agenda no supo concretar quién era la persona que hacía esa llamada. Tal vez ese prefijo le daba muchas claves. El prefijo periférico del que los amigos madrileños y parisinos, con ese nacionalismo festivo tan de capital de reino o de república, te dicen que es de ciudad de provincias.

Y ese prefijo le sugiere a Lisa Dobrenski muchas cosas, que mentalmente va recordando y emparejando con distintos números de teléfono que no se corresponden con el número inquisitivo que se mantiene en su pantalla. Mientras, entra en casa y se cambia de ropa. Había quedado en media hora con Jo.

Estaba luchando con sus sandalias de tacón cuando, en esto, aparece su perro moviendo la cola y reclamando una caricia después de haber estado todo el día solo, absolutamente

solo. Los animales, añade ahora la segunda narradora, son en muchas ocasiones más importantes que las personas, que los amigos, que las familias e incluso que las parejas. Nunca te fallan. Quizás, de vez en cuando, están más pendientes de su instinto que de su álgter ego, su amo; o, como en este caso, su ama.

Es curioso, sin embargo, que juzguemos a algunos animales porque en ocasiones no puedan estar por encima de sus instintos; cuando nosotros estamos la mayoría de las veces a merced de lo que el viejo y citado inquilino del número 19 de Bergassestrasse definía como los instintos básicos del ser humano: la satisfacción de su apetito sexual, la reproducción, que no es otra cosa que la propia supervivencia de la especie, y la satisfacción del apetito en su concepción convencional; es decir, de nuevo la supervivencia de la especie.

Yo pienso, vuelve el primer narrador, que la barba transfigurada de Freud adornará algún árbol del cementerio. Por supuesto, retorcida como el alma del autor, por el que pido un brindis: por Freud y nuestras neurosis.

CAPÍTULO 3

El caso es que ese perro sin nombre está jugando con Lisa, reclamándole cariño y un poco de atención, a lo que la

mujer, la musa, responde con afabilidad, cogiendo al perro por el cuello y abrazándolo casi como si fuese un humano.

—Querrás comer algo, ¿verdad? Espera, que te ponga un poco de comida.

Aun así, el perro seguía inquieto. Sabía Lisa que en las noches de luna no descansaba. Se sentía como descorazonado, como si le faltase algo, y pululaba por la habitación sin dejar la sombra de su dueña. A ella también le afectaban en cierta manera las fases de la Luna, y al primer narrador, y también a la segunda narradora. No dormía bien y, cuando no dormía bien, tenía esos sueños surrealistas que a veces nos martirizan durante largas épocas de nuestra vida.

Se acabó de cambiar de ropa, se puso cómoda para disfrutar de Jo y de una cena en el lugar perfecto, y se quedó quieta un segundo. Volvió a evocar los viejos recuerdos que no habían sido olvidados. Tal vez fuese Manu o Thai o Eva. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Diez años? Pues puede que sí.

No es tarde para llamar y así salgo de dudas. Con decisión pulsó la tecla de llamada sobre el teléfono desconocido y lo acercó al oído para escuchar a alguien al otro lado de la línea. Sonó la señal telefónica rítmicamente durante unos segundos sin que nadie descolgase el teléfono al otro lado, hasta que se interrumpió la llamada.

De nuevo otra llamada perdida sin respuesta. En el aire. Otra esperanza perdida. Otro camino cerrado. Otro adiós.

La vida tiene estas cosas aunque parezca tremendista decirlo. Lisa marcó el teléfono como respuesta a un cabo tendido, como en este instante intemporal puede estar ocurriendo alrededor del mundo. Un hombre hace una llamada a su mujer, a su hijo, a su madre. Una llamada que no es recogida, que no es contestada, que se queda de nuevo en el aire antes de que coja el coche y muera en un accidente impredecible. Lo sé porque a mí me ocurrió. Y después de morir ya no se pueden hacer más llamadas.

¿Cuántas cartas quedaron y quedarán también en el aire? La memoria del narrador todavía recuerda la carta de felicitación que le envió una amiga de otro tiempo. Se la contestó pero jamás recibió respuesta. Y le volvió a enviar otra carta que tampoco fue respondida, hasta que la llamada interna, el palpito vital, desapareció y el amor quedó colgado de la última carta enviada. Un día recibió una misiva en papel verjurado y sobrio. Era de una persona desconocida que se ponía en contacto con él para decirle que su amiga estaba muerta, que nunca había leído ninguna de las cartas puesto que tras la felicitación enviada y el viaje a Nueva York nuestra amiga moriría en el accidente de avión de la PanAm en mitad del Atlántico. Después, al leer el apellido del firmante, me di cuenta de que la carta era de su padre.

CAPÍTULO 4

A Manu, Lisa lo había conocido en Brighton hacía ya quince años, cuando todavía estaba en la universidad. Se había ido un año a estudiar Derecho al extranjero. Le apetecía cambiar un poco de aires. Intentar no ahogarse en su ciudad, la ciudad que había marcado toda su biografía y de la que huía para espantar los demonios familiares y los problemas del amor que a los veinte años marcan tu vida. De alguna manera, y eso Lisa no lo sabía, ésa es la edad en la que aprendes tu rol en la pareja, en la que aprendes a querer con egoísmo o simplemente a querer sin nada a cambio. El resto de la vida son variaciones sobre el mismo tema, sin que aprendamos apenas nada hasta que el daño ya está hecho y la herida se abre para sangrar indefinidamente, cambiando a las personas, pero sin cerrarse jamás. Sí. La herida del amor.

Con esas historias en la maleta se había ido Lisa a Inglaterra, olvidándose por un tiempo de esa ciudad por todos conocida y que, como todas las ciudades, vive mucho más hermosa y atlántica sin ser atlántica, en el recuerdo de alguien que ya simplemente la retiene en una fotografía sobre su mesa de estudiante.

Era el final de un septiembre que prometía para el futuro mucha lluvia cuando ella llegó. De esos en los que tienes la impresión de que el mundo vive ajeno a quien lo habita,

y Lisa se sintió sola en la ciudad. El metro que ahora une el aeropuerto con el centro todavía no estaba construido y por eso se acercó a un taxi que parecía libre y que la llevó hasta la residencia de estudiantes, muy cerca de Queensway. No era Manhattan, pero estaba cerca de la playa. Encontró a unas compañeras italianas y comenzó a ser feliz de nuevo.

Manu llegó después, en el segundo semestre, en febrero, cuando ella ya estaba adaptada al clima perfecto del sur de la isla, a las comidas casi tan francesas como británicas y a las relaciones sociales donde la mujer, en este país, sí que estaba emancipada. Para una francesa, para una medio francesa como ella, no tendría que ser una conquista, pero de hecho se sentía mucho más libre.

Él había venido a estudiar al School of Social Sciences un curso de postgrado sobre la Unión Europea. Su mutismo lo atrajo hacia mí. Hablaba un inglés correcto pero tenía problemas de comunicación, no por el idioma sino por su carácter retraído o con un grado de introspección superior a la media. Era mayor que yo, tenía veintisiete años. Y me gustó desde el principio.

También me atrajo el hecho de que hablase francés. Su padre era español afincado en París y su madre, francesa. Hablaba con acento de Marsella, muy marcado, pero muy hermoso. A los tres meses me aislé del mundo con Manu. Brighton era todo, y él era todos los personajes que quería

a mi alrededor. Mis amigas italianas detestaron esta actitud tan católica, no sé si por celos o por racionalidad. Lo cierto es que fui feliz con Manu.

Hasta que se marchó.

Le supliqué que me esperase, que se quedase tres meses más conmigo en Brighton, que intentase hacer la tesis en esta universidad, tenía prestigio y le daría mucha proyección. Pero no quiso. Se cerró en banda, con su cabezonería impermeable a cualquier argumento externo. Y volvió a Barcelona. Le dije que lo acompañaba pero no me dejó. «Tienes que darte cuenta —me dijo— de que debes acabar todo lo que has comenzado, y tienes un entorno, una vida».

Me quedé sin palabras cuando quise explicarle que él era toda mi vida. Que no había nada más allá. Que el mundo se estiraba para mí con cada caricia, con cada noche que pasábamos juntos.

Hicimos el amor todas las noches desde que supe que se iría. Todas las noches el ritual se repetía como si no hubiese perspectiva de futuro. Aunque el futuro era lo que él me prometía. Cenábamos y éramos felices durante un segundo, apurando el vino, el champán que mi madre pagaba sin saberlo. Era caro, muy caro, pero ¿cuánto cuesta la felicidad?

Después íbamos demorando la sobremesa sabiendo que acabaría en una lucha, en una frenética cuenta atrás. Nunca

pude imaginar que no volvería a ser tan feliz, o tal vez sí que lo volví a ser, aunque de otro modo.

Estuvimos entre Barcelona y Brighton durante medio año, pero la distancia lo enfrió todo. Los principios habían sido de una intensidad tal que todo lo que vino después fue ceniza.

Lo dejamos, y Manu huyó hacia adentro, hacia el fin del mundo. Volvió a Santiago, a la tierra de su padre y no he vuelto a saber nada más de él.

Tardé tiempo en recuperarme. Sesión tras sesión de psicoanálisis hicieron de mí una mujer más débil. Una mujer que con veintidós años lloraba más de lo debido. La depresión del amor es la única sincera. Es la única que hace que tus pies pierdan el suelo que tienen debajo. Y resbales como si cayeses al vacío.

Jo es hijo de todas mis experiencias. Es un punto en mis relaciones que llegó con la conciencia de mi propia debilidad y con el reconocimiento de la precariedad del amor. El amor que fui dejando en Manu, en Thai, en Eva.

CAPÍTULO 5

Lo de Thai y lo de Eva fue un círculo vicioso nacido de la casualidad. Los conocí en Roma en un curso sobre

organizaciones no gubernamentales en el que di mi primera conferencia, y que estaba organizado por la UNED en colaboración con la Unesco.

Habían pasado muchas cosas en mi vida cuando llegué allí con mi *look* de profesora universitaria formada en Inglaterra, intentando aparentar una tranquilidad y unas tablas que no tenía. Llevaba colaborando un tiempo con una beca en la Universidad de Camerino, en el área de Filosofía política, y ayudaba en la docencia a un profesor de prestigio internacional, Luigi Ferrajoli, que me hechizaba con su sensibilidad intelectual. Estaba muy contenta. Italia se ajustaba como un guante a mi modo de ver el mundo. El sur más que el norte, pero Roma en ese sentido era lo mejor. Tenía un poco de todas las italías que coexistían de ese modo tan mediterráneo desde la unificación y desde hacía siglos con sus primeros pasos en común. Italia era el tercer país en que vivía de forma permanente después de Francia e Inglaterra, y era para mí un país fantástico.

En el sur vivía una de mis amigas italianas que había conocido en Brighton, Teresa Bovo. Éramos inseparables. Siempre que podía, cogía el tren o el avión hasta Lamezia Termini para pasar unos días con ella. Teresa trabajaba como abogada en el sur y sus padres tenían una casa en Pizzo que muchas veces estaba vacía, así que era ideal para descansar y desconectar de casi todo. Estaba totalmente integrada, de

hecho hasta mi italiano tenía acento del sur. Ese *grazie* pronunciado a la napolitana, con la z, era tan característico que mis amigos romanos se metían conmigo diciendo que parecía que había aprendido napolitano en lugar de italiano.

Era feliz, verdaderamente feliz, y sólo tenía relaciones esporádicas. No me comprometía de ninguna manera. Tal vez no había encontrado a nadie especial o ni siquiera me daba la oportunidad. ¡Qué sé yo! Ahora, con distancia, todo se ve de otra manera, todo se ve diferente. Mi prioridad era acabar mi tesis doctoral, los vínculos afectivos quedarían para más adelante.

CAPÍTULO 6

Y las prioridades son lo más absurdo de nuestras vidas. Las personas intentamos a lo largo de los años construir una vida que sea digna de nosotros, que haga que en nuestro entierro todos nuestros allegados se sientan henchidos de orgullo. Y en mis prioridades no había lugar para Thai, para Eva, para una vida personal.

Quizás fue eso lo que hizo que las noches de ese mes de junio, todas, las del congreso y las otras, fuesen tan divertidas, tan llenas de algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Lo que confiere textura al mundo, nuestras vidas.

Porque no estaba intentando pasar a la posteridad ni en mis relaciones ni en mi vida social. Lo que llegaba, como no tenía vocación de permanencia, no creaba ansiedades, agobios, preocupaciones. Llegaba y se marchaba de la misma manera. Sin aparente afección. Y así entró Eva, y así entró Thai en mi vida.

Eran muy amigos. Él llevaba viviendo en Madrid desde hacía tres años. En aquel momento no sabía que habían sido pareja, que después habían estado bastante tiempo enrollados. Yo sólo había visto a Thai con su estilo tan particular, entre portugués y británico, y me había llamado la atención en el hotel donde estábamos los del congreso.

Y el segundo día, en una de las cenas organizadas, encontré a Eva. No sé si fue por proximidad ideológica o por edad, pero realmente hubo mucha química desde el principio. Era una chica que estaba colaborando en la Universidad Carlos III, en el área de Derecho administrativo y estaba estudiando en el campo de los derechos culturales. Nos reímos mucho aquella noche y después, tomando una copa, me presentó a Thai. Le dije que me había llamado la atención. Ella se divertía sonsacándome por si le quería concretar algo más. Reconocí a eso de las dos de la mañana, una hora terriblemente tardía en Italia, que vale, que podía asumir que me acostaría con él. Ella entonces me contestó con otra pregunta. «¿Y conmigo? ¿Podrías asumir acostarte con una tía

como yo, de profundas convicciones bisexuales?». «Desde luego que no», le contesté, y sin pensarlo la besé en los labios.

Puedo justificarme diciendo que había bebido mucho, que el vino y el *limoncello* en vena no acaban de ser muy clarificadores de los estados de ánimo, que estaba aturdida, que había sido una pulsión inconsciente, pero la realidad es que era muy consciente de lo que hacía. Nunca había besado a una mujer y en esa cronología de mi mundo, cuando todo estaba de paso y todo iba a cambiar, podía hacer lo que quisiera, sin miedo a las consecuencias.

NOTA DEL EDITOR

Aquí surgió un problema. La escritora había prometido enviar los diez primeros capítulos para publicar en *Granta*, la revista de creación literaria británica en la que, en aquel momento, yo trabajaba como ayudante del editor. Desafortunadamente, no pudo cumplir lo prometido porque murió en un accidente en Panamá.

Mi compromiso personal con ella hizo que se publicasen estos seis primeros capítulos, y así quedará para la posteridad. A continuación, recojo una breve biografía de esta malograda novelista como pequeño homenaje.

SUSAN CASAIS

Nació en 1967 en Guimarães. Desde muy joven estudió en el liceo francés puesto que su madre era de esta nacionalidad. Cuando aún no había cumplido veinte años se fue a vivir a Glasgow, donde comenzó sus estudios en Literatura comparada y donde se graduó en 1994.

Colaboró en diferentes revistas culturales y de vanguardia tanto en Escocia como en Portugal, prioritariamente en el campo de la novela y del relato. En 1997 publicaría en Portugal su primer libro de poesía, *Rente ao dizer, a palavra* (Porto, editorial Relógio d'agua), un homenaje a Eugénio de Andrade. Colaboró también en el libro conjunto editado por Joe O'Connor a favor de Amnistía Internacional *Yeats is dead*, gracias a su estrecha relación con Marian Keyes, la famosa escritora irlandesa, así como en distintas publicaciones de creación en el Reino Unido. Recibió el Stewart Parker Award por su segundo libro, *The worst world*, lo que la convirtió en una promesa de la literatura portuguesa.

Tenía varios proyectos en marcha vinculados a la literatura, entre los que se contaba su tercera novela, *Lisa Dobrenski*, que quedó apuntada y de la que los capítulos citados fueron publicados en *Granta*.

Murió en 2001, el 16 de octubre, en Bocas del Toro, Panamá, en un desafortunado accidente.